

MOSCÚ

Jesús María Sáez

MOSCÚ (La Trilogía del Este. Parte III)

Una novela de Jesús María Sáez «Txusmi Sáez».

Primera edición: junio de 2022.

Corrección de textos: Rosina Iglesias.

Diseño de portada: Alexia Jorques.

Fotografías de portada y contraportada: Andrei Pozdnyshev y Txusmi Sáez.

Fotografías interiores para la base de los dibujos, propiedad de Txusmi Sáez y también bajo licencia Pixabay y Freepik.

Modelo de portada: Diana Pozdnysheva.

ISBN: 9798834476382

Depósito legal: LG G 00461-2022

Vitoria-Gasteiz, País Vasco-Basque Country (Spain)

info@txusmi.es

www.txusmi.com/www.txusmi.es

www.jesusmariasaez.com

Código de registro legal CCA:

Para la novela: 2206051296333

Para la portada: 2206051296364 - 2206051296371

Inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual de Autores del País Vasco.

Socio A27435 de CEDRO Centro Español de Derechos Reprográficos.



«Pienso que los virus informáticos deberían contar como vida. Dice bastante sobre nosotros el hecho de que la única forma de vida que hemos logrado desarrollar sea puramente destructiva. Hemos creado vida basada en nuestra imagen».

Stephen Hawking
(Físico teórico, astrofísico,
cosmólogo y divulgador científico británico).

PRÓLOGO

*LAGO BAIKAL, ÓBLAST DE IRKUTSK
SIBERIA (FEDERACIÓN RUSA)
Septiembre de 2016*

La masa inabarcable que alberga un cuarto del agua dulce del planeta acogía en su seno a María Nikoláyevna Ivanova, *Masha*, desde sus treinta millones de años de historia, dejándola en una posición ínfima ante la existencia. Emergiendo a partir de sus gélidas aguas afloraban las veintidós islas y el color cambiaba entre el azul y el verde con permiso del sol, que imponía sus matices. El dicho siberiano le volvió a la cabeza: «Baikal te cambia cuando lo visitas, nada es igual, ya no eres la misma persona».



Presintió a su espalda la presencia cercana de su anfitriona, que se había aproximado hasta la roca lisa de bordes redondeados mordidos por muchos años de nieve y heladas intensas, donde ella estaba sentada.

—He esperado mucho, demasiado tiempo, a que llegara un momento así —dijo Alexandra—. Tantos años de sacrificio, de falsedad, de resignación. Compaginando una vida brillante como doctora en Arqueología y otra atrapada en las garras del sistema. Pero al fin la historia termina y volveré a ser libre.

—No se puede ser libre cuando en verdad se pertenece a otros. —Masha recordó la conversación de antes en la cabaña: «Nadie más conoce el secreto, estamos seguros...»—. ¿Crees que te dejarán seguir con tu vida sin pedirte nada más a cambio? —le preguntó sin esperar respuesta.

Notó el frío cañón de un arma apoyado sobre la nuca.

—Desde que fui activada por el FSB nada más regresar de la expedición —respondió Alexandra—, mi única misión ha sido borrar todos los datos sobre aquella inoportuna historia en la tundra. Podía haber sido una impagable expedición científica de incalculable valor, además de una reconfortante aventura casual con un extranjero de carácter alegre. Pero no podemos alterar el destino. Las cosas ocurren y yo no pregunto por qué. Vosotros os habéis encargado de entregar las últimas pruebas y sois los únicos testigos que quedan vivos.

—¿Y Txema? Es el padre de tu hijo...

—Bueno, digamos que fisiológicamente sí, pero realmente me ayuda mi actual pareja a cuidarlo: es un capitán del Distrito Militar Volga-Urales con el que llevo una vida medio normal en Ekaterimburgo el resto del año. Txema es un buen tipo, no está mal verlo un par de veces al año, recordar viejos tiempos y echar un buen polvo, pero lamentablemente es mi objetivo final, como lo era también para ti, ¿o acaso se te había olvidado, traidora?

Una brisa ligera humedeció la cara de Masha mientras miraba hacia la otra orilla que se dirimía lejana, distante, casi difusa..., como toda ella en esos momentos.

Sonó un trueno junto a su cabeza que la dejó sorda un instante. Vio caer sin vida desde la orilla del lago el cuerpo inerte de Alexandra, hundiéndose dentro del agua fría, tiñéndola de rojo. Tenía los ojos abiertos, unos ojos inabarcables como el propio Baikal, y una amplia mancha de sangre se diluía con rapidez entre las aguas cristalinas, con reflejos turquesa, de un paraje natural que había visto demasiadas vicisitudes como para sorprenderse. Los cabellos oscuros de la mujer comenzaron a flotar en la superficie para expandirse en las reposadas aguas, como las algas verdes xantofitas se extienden en colonias por las marismas continentales. El sol, poniéndose entre los montes con una templanza extraordinaria, pintó la escena con una témpera pastel surrealista.

Masha giró ciento ochenta grados para observar cómo Txema Beristáin aún sujetaba en la mano derecha la Makarov que ella había dejado olvidada en el equipaje, un error imperdonable fruto de la confianza. El brazo le temblaba en progresión geométrica. María Ivanova se puso en pie, le retiró el arma de entre los dedos y activó de nuevo el seguro, mientras le bajaba el brazo con una tranquilidad inusitada.

—Lo he oído todo —dijo él balbuceando. Una lágrima, que se deslizó por la mejilla l vida, como a cámara lenta, tard o en llegar a la barbilla. Todo el tiempo parecía ralentizado, transcurría a una velocidad inferior a la natural.

—Has tomado la decisión correcta.

—  T  crees?? —se soliviant o el periodista vasco, mirándola fijamente a esos ojos azules intensos que siempre le perturbaban—.  Acabo de volarle la tapa de los sesos a mi mujer para salvarte a ti! A la mayor asesina psicópata que he conocido en toda mi vida...

—Sin contar a Alexandra.

—Mi mujer no era una psicópata —protestó—. Era mi amor primigenio, aventurero, casi fantasioso y, además, no lo olvidas, la madre de mi hijo.

—Pues sí que tienes acierto eligiendo a las mujeres de tu vida —replicó Masha fijándose en que el cadáver comenzaba con lentitud a alejarse flotando de un modo extravagante—. Ella te hubiera matado a continuación. Lo sabes. Era una agente durmiente, activada ahora para borrar cualquier vínculo pendiente de lo que ocurrió bajo la capa de hielo ártico.

—Lo sé.

—Además se trajinaba a otro tío día sí, día no, mientras criaban a tu hijo a su manera dentro de una residencia de altura, como corresponde a un capitán del Ejército ruso y a una eminente científica de sólida reputación protegida por los Servicios Secretos.

—Joder, Masha, ¿no puedes tener una pizca de delicadeza ni tan siquiera en estos momentos?

—No es apropiado andarnos con sutilezas. Debemos proceder rápido, el tiempo apremia. Ayúdame a cogerla y arrastrarla hasta la orilla antes de que el lago se la lleve hacia el interior.

Ambos se introdujeron en las frías aguas del Baikal, sobrepasando la cintura. Depositaron el cuerpo inanimado de Alexandra Vishnevskaya sobre las piedras que conformaban una especie de playa de guijarros redondeados.

—¿Qué demonios vamos a hacer ahora? —Txema estaba descompuesto. Empezaba a sollozar de nuevo y a ser consciente de lo que había hecho unos momentos antes.

—Vete a la cabaña y trae una carretilla o algo con ruedas que nos sirva para llevarla hasta allí —ordenó Masha tomando el control de la situación—. Nos ponemos ropa seca para no coger una pulmonía y después buscas una puta pala y te pones

a cavar un agujero en el terreno trasero de la vivienda. A ser posible bastante hondo; aquí abundan los lobos y su olfato es privilegiado para encontrar restos de comida.

—De acuerdo.

—¡Eh! —le chitó ella. Txema se detuvo para atenderla nada más empezar la alocada carrera, como un pollo sin cabeza—. Asegúrate antes de que el crío esté bien dormido. No vaya a ser que ande medio despierto por la habitación o se haya levantado al baño y nos vea desde la ventana enterrar a su madre en el jardín. No creo que sea conveniente para su salud mental...

Las más de ocho horas de camino a bordo del UAZ Patriot no resultaron excesivamente incómodas en cuanto a confort del moderno SUV ruso, aunque sí pesadas; y más para un niño de cinco años que echa de menos a su madre. Por fortuna, una buena dosis de pastillas contra el mareo obra milagros y genera una somnolencia que se compagina a la perfección con la sillita mullida ajustada al sillón trasero de piel.

Circularon primero por unas carreteras vetustas, pendientes de una reforma que lo más probable es que nunca llegase hasta aquellos rincones perdidos de la mano de Dios en la Siberia Oriental, mientras deshacían el camino hasta el lago, para tomar en Irkutsk la carretera P-258. La vía principal los llevaría durante más de 450 kilómetros, bordeando la inmensa masa de agua dulce del Baikal, hasta la ciudad de Ulán Udé, pese a que Txema y Masha tuvieron que solucionar los problemas surgidos la víspera.

En primer lugar, una vez enterrado el cadáver de Alexandra y disimulado el sitio razonablemente bien con unos arbustos similares a cedros siberianos en miniatura

replantados por encima e incluso decorado con flores autóctonas, rododendros de tonos rosáceos que estaban comenzando a marchitar, la espía rusa desapareció en la oscuridad del bosque para regresar más tarde con unos huesos de lo que parecía una cría de ciervo almizclero devorado por lobos. Ante la estupefacción del periodista vasco, Masha pensaba colocar los restos óseos en la cuna de Fédor justo antes de que los tres abandonaran el lugar la mañana siguiente. De igual manera dejarían allí estacionado junto a la cabaña el Chevrolet Niva de alquiler y huirían con lo puesto en el todoterreno de Alexandra.

—Nadie va a tragarse que esos huesos son de un niño, si es lo que pretendes hacer creer —dijo Txema en español mientras desayunaban, evitando que el pequeño se enterara por completo de la conversación. Su conocimiento del castellano era escaso, teniendo en cuenta que casi todo el año se lo pasaba en Ekaterimburgo con su padre adoptivo—. Ni el peor forense que podáis tener en la Federación Rusa empapado en vodka barato, sería incapaz de no distinguir entre restos humanos y los de un animal...

—Los médicos dirán lo que se les ordene y firmarán el acta de defunción de quien se les indique desde el alto mando del FSB —concluyó convencida María Ivanova mientras mordía una tostada untada con miel de Bashkiria, una de las más legendarias en Rusia—. Por la cuenta que les trae.

—Vale, ¿cuál es tu plan?

—Iremos primero a un lugar seguro y haremos desaparecer el coche. Me deben ciertos favores en la capital de Buriatia, así que eso no será problema, solo he de hacer unas llamadas.

—¿Cuándo volverá mamá? —preguntó Fédor, con una candidez extrema, mientras hundía la cuchara de madera en un cuenco de cereales a punto de desbordarse, como un pantano sobrepasado, con la leche de cabra que los bañaba.

—Han venido a buscarla esta noche por motivos de trabajo —le respondió Txema en un ruso razonable, acariciando su pelo dorado como el cereal al sol. Había mejorado bastante en el idioma de Dostoievski, lo que sorprendió a su amante—. Nos reuniremos con ella más adelante —le tranquilizó.

—¿Nos vamos a algún sitio? —insistió el niño desconcertado, revolviendo sin entusiasmo el tazón.

—Me temo que sí, cariño. —Masha se sorprendió al pronunciar aquellas palabras afectuosas tan poco habituales en su carácter—. Salimos de viaje después de desayunar a un lugar muy chulo, te va a gustar. Iremos a un monasterio budista, como esos que aparecen en los documentales, en donde unos monjes nos acogerán durante una temporada.

—¿Y me enseñarán a dar saltos y a luchar como en las películas de chinos?

—¿Monjes budistas? —solapó Txema por encima de la voz de su hijo.

—Sí, seguro que sí —aseguró ella con una sonrisa al niño y lanzando una mueca de complicidad a su compañero.

Cuando llegaron finalmente a Ulán Udé, Masha ya había quedado con quien les iba a prestar apoyo. Se trataba de un antiguo compañero de armas, sargento mayor del Ejército y miembro de la Spetsnaz, los comandos de las fuerzas especiales militares y de la policía de élite, Aleksey Serkin. Tras saludarse con un breve abrazo y un contundente apretón de manos, el hombre, alto y robusto como un armario empotrado, intercambió el moderno todoterreno UAZ blanco por un discreto Lada Granta, uno de los sedanes de cuatro puertas más vendidos en toda Rusia, pintado en un horrendo marrón beige.

—¿Cómo te va la vida, camarada? —le preguntó Masha con curiosidad. Habían compartido instrucción juntos y sobre todo misiones de asalto, especialmente en la zona conflictiva de Sebastopol durante la ocupación rusa.

—No me puedo quejar —respondió Serkin sincero—. Sigo enrolado en el ejército, aunque ahora lo estoy por temporadas, trabajo medio año y descanso otro medio; demasiado estrés. En mis ratos de civil me voy preparando una buena pensión para el futuro, ya me entiendes, tengo muchos contactos. Ahora soy teniente.

Masha asintió con la cabeza. La milicia, una vez terminaba, dejaba a las personas lesas o desequilibradas y con un sueldo ridículo. Había que buscarse fuera un complemento y no todas las veces era gracias a trabajos honorables.

—Ahora la situación parece que se está poniendo cada vez más jodida en la región del Donbás...

—Desde el puto Euromaidán o la Revolución de la Dignidad esa de los cojones que se montó a raíz de nuestra intervención en Crimea, todo ha empeorado, como bien sabrás. El conflicto armado que hay entre el gobierno ucraniano y las autoproclamadas Repúblicas Populares de Donetsk y de Lugansk no puede más que ir cada vez peor. Hay muchos rusos muertos; en Mariupol hubo una auténtica carnicería. Y el Kremlin está mandando allí tropas de apoyo y armas a los separatistas tras el referéndum; yo ya he estado un par de veces. Joder, todavía me duele la cabeza cuando hay explosiones cercanas por culpa de aquella metralla que nos reventó delante —se fijó en el trozo de dedo que le faltaba a su excompañera—. ¿Te acuerdas de nuestra misión frustrada?

—Claro, cómo no —recordó ella—. Aún podemos contarle gracias al cabo Mijailov que nos avisó justo a tiempo, de manera casi providencial diría yo, del obús inminente que caía del cielo. Por cierto, ¿sabes algo de él? He perdido el contacto con toda la gente de la unidad.

—Murió en Sloviansk, en el ataque con lanzagranadas por parte de la Guardia Nacional y del Ejército de Ucrania contra el cuartel de la Policía Local.

Hubo un silencio breve, tal vez respetuoso por los compañeros caídos o acaso reflexivo viendo un futuro negro para la región fronteriza de la antigua república soviética.

—Creo que estuve inconsciente varias horas —continuó Aleksey volviendo a los tiempos en que combatieron juntos—. De ti supe que te habían alcanzado en el vientre y en la mano. Tuvieron que cargar con nosotros para sacarnos de allí. —Soltó una carcajada que no se entendía muy bien en el contexto de la conversación; acaso era de frustración—. Luego, una vez te llevaron al hospital de Anapa, te perdí la pista.

—Hasta ahora.

—Sí, hasta ahora.

Masha presentó a su pareja, que aguardaba tras ellos a distancia prudencial con Fédor en brazos. Antes de despedirse con otro apretón de manos, traspasaron de un vehículo a otro el escueto equipaje y al niño medio adormilado para continuar viaje unos cuarenta kilómetros más hasta llegar al monasterio de Ivólguinski, considerado el centro del budismo ruso, hogar de la Sangha tradicional budista de Rusia y del lama Pandito Jambo Itiguilov, considerado el líder de todos ellos en el país, que se encontraba estupendamente bien conservado en un estado incorrupto tras su muerte, siendo venerado con fervor por adeptos y admirado con curiosidad por extraños.

El lugar, además de concentrar un centro turístico de visita obligada para quienes se acercan por aquellas tierras siberianas en busca de restos embalsamados (tan al estilo ruso) o de bienestar espiritual, rezumaba una tranquilidad inusitada; un tanto lejos de los saltos casi circenses de las artes marciales extremas orientales. La que, una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, empezó siendo una pequeña casita de madera, por supuesto autorizada por el gobierno soviético, ahora era un inmenso complejo conformado principalmente por diez edificios decorados en llamativos colores de corriente zen y otra serie de construcciones auxiliares aledañas.

Los monjes recibieron a los tres viajeros con simpatía y sumisión y los acomodaron en la que iba a ser su residencia durante un largo periodo de tiempo, al menos para Txema y su hijo.

María Nikoláyevna Ivanova durante el trayecto también había contactado con Vladimir Krivenko a través de un teléfono móvil seguro. Mantenía una línea abierta con el nuevo responsable del Servicio Federal de Seguridad Ruso que no pensaba que tendría que utilizar tan pronto. La negociación resultó más difícil de lo esperado. Al parecer, Alexandra era el último cabo suelto de Serguei Sokolov, el anterior responsable corrupto del FSB que había perdido, literalmente, la cabeza por Masha. En principio no debían existir más *agentes durmientes* prestos a actuar, pero la seguridad de los tres no estaba en modo alguno garantizada.

La idea era que una nueva documentación se pusiera en camino hacia el monasterio budista, en donde Txema abandonaría su nombre español, Fédor se olvidaría del suyo y padre e hijo esperarían el regreso de la que se convertiría en la *matrioska* de la nueva familia; un papel que a la propia Masha le sonaba como una sinfonía inconclusa que no sabía si iba a ser capaz de interpretar.

Como bien había expuesto a su amante con anterioridad en el lago, los forenses analizaron los restos óseos en la cabaña cuando unos excursionistas se los encontraron de sopetón y dictaminaron oficialmente que pertenecían al hijo de Alexandra Vishnevskaya adoptado por su actual marido el capitán S. Magomedov, un mando del Distrito Militar Volga-Urales. Asimismo, los cuerpos de Txema Beristáin y María Nikoláyevna Ivanova serían hallados en el lago Baikal tras haber sido rescatados por los buzos. Y Alexandra se habría esfumado, como por arte de magia, probablemente con algún amante secreto, ya que era dada a compartir lecho e hijo con varios hombres.

O al menos esa fue la versión oficial. Incluso la que se transmitió a la Embajada española, que no pudo repatriar el cuerpo del periodista vasco al ser incinerado asombrosamente rápido por un inconcebible error administrativo.

Pero todo ello tuvo un precio muy alto para Masha. Tuvo que reincorporarse al servicio activo, ahora a las órdenes directas de Krivenko.

Vladimir Krivenko, un analista brillante con unos ideales firmes, creyente de que el futuro de su país pasaba por un acercamiento de reciprocidad con Occidente e incapaz de recurrir a astucias fuera del lado legal, sucumbió finalmente a las exigencias extremas de su nuevo cargo. Por un lado, terminó desposándose con Tatyana Shimenova, más conocida en la sede del espionaje ruso como la *Viuda-Negra* por su pasado rodeado de un halo de misterio y muerte. Shimenova, veintitrés años mayor que Vladimir, era la responsable de los agentes de campo y una pieza fundamental dentro del servicio de inteligencia, con una manera de pensar más dada a la línea dura que predominaba en el Kremlin, Pero era, ante todo, un apoyo indispensable que el propio Krivenko terminó necesitando para auparse al liderazgo de la entidad. Su fidelidad hacia ella se tradujo también en matrimonio.

Y por otro lado entendió a la perfección, en el caso de Masha, que era más valioso tener a una asesina psicópata de tu lado que enfrentada a ti. Ella, además, resultó determinante poco tiempo después a la hora de evitar un atentado terrorista en España con un núcleo de plutonio robado hacía muchísimos años en Kazajistán, en la zona conocida como *El Polígono*, y reactivado por el propio ISIS, organización que tenía jugando de su parte a doble banda a una agente oficial del FSB en la que confiaban el propio Krivenko y su equipo.

Mientras terminaba el trabajo en el País Vasco, la madre de Masha Ivanova falleció en la residencia moscovita donde era atendida con esmero. Su corazón, ya trastocado como todo su cuerpo tras haber sufrido varias trombosis, no pudo más y decidió detenerse en el tiempo, en soledad, cuando su hija preferida no podía estar a su lado dándole consuelo.

Las pegas de ser una espía.

Las pegas de no poder estar nunca junto a tus seres queridos cuando te necesitan.

No todo va a ser un camino de rosas...

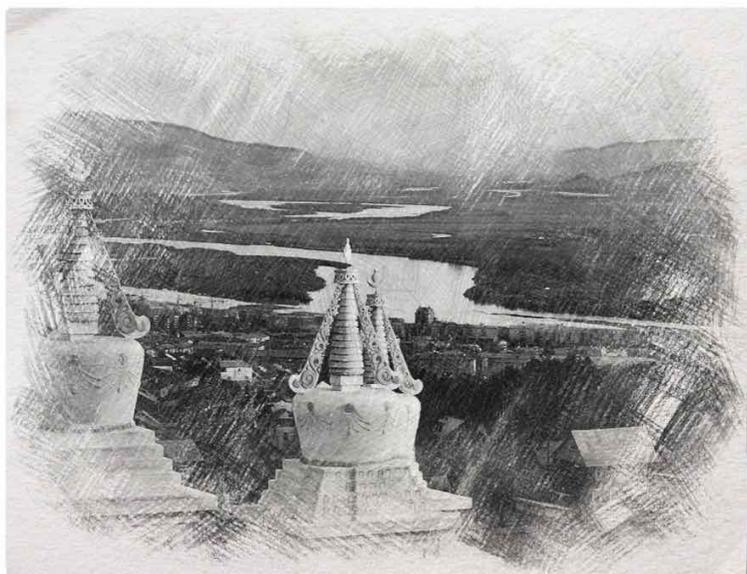
Tal vez, acaso, rosas negras.

***TEMPLO BUDISTA IVOLGUINSKI DATSÁN,
ULÁN UDÉ. REPÚBLICA DE BURIATIA
(FEDERACIÓN RUSA)***

Mayo de 2017

Masha regresó al templo religioso donde continuaban residiendo, ocultos de cualquier mirada comprometedora, Txema y Fédor. Su llegada supuso, por fin, el salvoconducto de libertad para todos. Ella había terminado la misión en España que evitó una catástrofe nuclear sin precedentes y había eliminado a la agente doble Asha Mikhailova. De paso, había salvado también la vida a un policía al que, en su momento, un año antes, hubiera liquidado sin contemplaciones si se hubiera cruzado con él. Por otro lado, habían sido neutralizados los últimos elementos peligrosos aún dependientes de la antigua guardia de Sokolov y los militares corruptos del GRU. Cierto era que el ambiente que se respiraba en las altas esferas rusas no

presagiaba tiempos mejores, pero, al fin y al cabo, eso no era de su incumbencia... ¿o sí?



Masha y Txema permanecían inmóviles, como hipnotizados, ante el cuerpo incorrupto del lama que, tras permanecer sepultado bajo tierra durante setenta y cinco años, fue exhumado descubriendo los propios monjes, para su sorpresa, los restos intactos de su maestro. Desde entonces se había convertido en una reliquia objeto de idolatría y devoción, ya que los fieles a la religión budista consideran que el maestro alcanzó el Shunyata, el *vacío supremo*, capaz de provocar estos fenómenos al abandonar la vida en estado de meditación y lograr, por tanto, la purificación plena de su cuerpo, continuando así incluso tras su muerte física.

—Estoy hasta los huevos de ver aquí mismo expuesto, como un jamón de Teruel en un escaparate, a este monje disecado durante los últimos ocho meses de mi vida —exclamó Txema insolente dando la espalda a la urna—. Además, no me

creo nada de esta historia fantástica. Seguro que hay alguna explicación científica.

—¿Qué tal Fédor? —cambió Masha de tema—. ¿Cómo ha aceptado quedarse sin su madre?

—Bueno, la verdad es que, al principio mal, como es lógico. Las clases que le han impartido los monjes lo han mantenido ocupado, en ese aspecto son buenos profesores, pero he de reconocer que uno de ellos en particular, Dharma, le ayudó bastante y lo ha hecho madurar, por lo que aceptó la situación de una manera sorprendente para su edad.

—¿Dharma es el religioso regordete calvo que es muy agradable?

—No. Es más bien el que se parece a Jackie Chan de madurito. La verdad es que, cuando peor lo estaba llevando el crío, se lo llevó a unas sesiones de meditación y no sé cómo, pero en un par de semanas parecía otra persona. Más tranquilo, más sereno, más sensato... Ha seguido con la meditación desde entonces y creo que le han servido para bien. Hemos hablado de ti y de que podrías ser su nueva madre.

Las palabras del periodista vasco quedaron flotando en el aire, ocupando espacio entre el humo del incienso, siempre prendido, y el hueco escarbado en aquellos muros acostumbrados al silencio.

—Me alegre, espero poder cumplir con las expectativas como ambos esperáis y dais por hecho —concluyó Masha incierta—. ¿Y tú qué tal? —preguntó a continuación a su pareja, escapando así de unos derroteros que se antojaban complicados.

—Bueno, sin televisión por cable, ni wifi, ni prácticamente nada electrónico, me he pasado el día practicando taichí: domino las posturas de la *patada de talón derecho* y la del *látigo simple*, pero se me atraganta un poco la de *la grulla blanca extiende sus alas*. También he paseado mezclándome entre los turistas, he estado leyendo mucho

mejorando mi ruso y el resto del tiempo me lo he pasado cascándomela pensando en tus tetas duras y en tu coño húmedo.

—Realmente sabes cómo enamorar a una mujer con sutileza...

Ambos rieron sin demasiadas ganas ante la divertida salida de tono.

—Pasado mañana nos vamos —adelantó Masha—. Tenemos una casa para nosotros tres en San Petersburgo.

—¿San Petersburgo, la *Venecia del Norte*? ¿Pasado mañana? ¡Vaya sorpresa!

—Al hacer escala en Moscú volviendo de Barcelona me estaban esperando unos emisarios del FSB. Me entregaron las llaves de nuestro nuevo piso franco. También me dieron una mala noticia: mi madre había muerto la semana anterior.

—¿¿Qué me dices?? —Txema se sobresaltó conmovido por aquel trágico descubrimiento.

—Sí. La enterraron en un pequeño terrenito dentro del elitista cementerio soviético de Novodévichi. Está descansando junto al espacio que comparten Nikita Krushev, al que adoraba; Raísa Gorbachov; Boris Yeltsin; Nadezhda, la mujer de Stalin, o grandes ilustrados del siglo XX, como su adorado Antón Chéjov, al que tanto le gustaba leer cuando tuvo oportunidad, a pesar de ser una campesina de origen humilde.

»Aplacé el vuelo de regreso hasta el día siguiente para poder hacer una visita a su tumba. Le dejé un ramo con doce claveles rojos, como antaño se hacía en los funerales de Estado, también dejé una lágrima y una promesa que pienso cumplir.

—¡Oh, lo siento mucho, cariño! Sé que era una persona muy importante para ti.

—Gracias. Sí, es verdad. Solo ha habido tres personas en mi vida a las que he amado. Mi mamá, que siempre me cuidó, me protegió y supo salvar mi vida sacándome de la aldea. Mi prima Katya, con la que experimenté por primera vez el placer

del sexo en su extensión más dulce y más cálida. Ambas las he perdido; pero a ti, que eres la tercera persona más importante, no pienso perderte... Esa fue mi promesa ante su tumba. Cuidaré de ti y de Fédor cueste lo que me cueste.

Masha besó con delicadeza los labios de Txema y se abrazó a su cuello. Él la estrujó por la cintura contra su cuerpo. Fue un beso y un abrazo de complicidad, de esos que ella no estaba acostumbrada a ofrecer.

—Me alegra escuchar esa proposición —dijo al separarse del cuerpo esbelto y fibroso de la espía—. Sabes que yo también te quiero.

—Esa es la buena noticia. —Masha se revolvió al escuchar aquellas palabras tiernas—. La mala es que he de volver a Moscú antes de que finalice el verano. He pactado con el FSB un último trabajo y tengo que prepararlo bien. Me temo que pasaremos las Navidades separados. Pero cuando lo termine, te prometo que regresaré con los nuevos visados y el salvoconducto que esperamos para que nos dejen en paz de una vez; podremos ir a vivir donde queramos con los nuevos pasaportes.

—Ojalá sea así y terminemos de una vez con esta pesadilla. Estoy deseando conocer San Petersburgo, es una de mis asignaturas pendientes.

—Ahora mismo la asignatura que tenemos pendiente es otra —aseveró ella mientras buceaba con la mano por el interior del pantalón de chándal que llevaba puesto el periodista, una vez hubo soltado el lazo flojo a modo de cinto que no opuso resistencia alguna.

Notó el pene de su pareja aumentando por momentos en grosor y longitud y le deslizó toda la ropa de la cintura para abajo hasta los tobillos. Acto seguido se puso en cuclillas a la altura conveniente e hizo trabajar la boca con convicción mientras ella misma se frotaba con firmeza la entrepierna mojada. Ambos disfrutaron de una sesión de sexo rápido,

teniendo como único testigo mudo al monje momificado al fondo de la sala que, como era de esperar, permaneció taciturno e inmutable reposando en su urna de cristal.

